

José de la Cuadra

Fatalidad⁽¹⁾

I



UGENIO Vargas carecía casi en absoluto de experiencia. «Además tenía que pagar su falta».

—Yo hey insultao a mi padre. Tando jumo, claro; y, como dice el dicho, el jumo es, mala la comparación, como el pollino... El señor, imprudente, me atropelló de palabra y me quiso alzar la mano. Yo le pedí de que se calmara; pero, entonces, levantó la vena e toro pa ofenderme... Ahí fué que me insubordiné, y hasta le ensucí el respeto, mandándolo a comer lo que no se usa... Por eso, tengo que descontar...

Era pesimista el hombre. Esperaba el castigo inevitable. Ante lo fatal, mostrábase manso y resignado.

(1) José de la Cuadra pertenece a la nueva generación de escritores ecuatorianos. Es uno de los más rebeldes y de los más hondos en su interpretación de la realidad dolorosa del indio. *Los Songurimas*, novela montuvia, lo ha consagrado como un cuentista de gran fuerza interpretativa, y su libro *Doce siluetas*, como un crítico literario de aguda intención analítica. El cuento que publicamos nos ha sido enviado directamente por su autor. —(N. de la R.).

—¡Qué vo'hacer, pues! Es como cuando l'agua va p'abajo: naidien hace que vaya p'arriba. Sólo Dios con su divino poder...

—Ahá.

Pero, quizás eso no era lo peor. Lo peor era que, metido en su convicción de maldecido, Eugenio Vargas no logró adquirir jamás experiencia de su propio mundo.

II

Antes, Eugenio Vargas había sido un valiente cabal. Su acoquinamiento le vino después. Cuando, conversando con su íntimo amigo el negro esmeraldeño Nuncio Parrales, le contó a éste aquella escena con su padre, y el negro formuló la profecía:

—Voj tenej que fregarte argún día, Ugenio...

Estaban los dos en Chilintomo. Después de la campaña de Esmeraldas, donde militaron juntos en las partidas volantes del coronel Carlos Concha, bajo las órdenes del zambo Lastra, se escaparon a pie por las montañas manabitas, huyéndole a las tropas regulares. En Chilintomo se contrataron de rozadores. Sus machetes filudos, que seccionaron cabezas y trizaron miembros humanos en la guerra bárbara, tornaban ahora a la santa labor agrícola, que el sudor de sus carnes ennoblecía.

Concluía de narrar Eugenio Vargas:

—Pero, yo'staba jumo...

Mascando su cigarro de a ocho, Nuncio Parrales arguyó:

—No importa. Yo sé bien. En Limone hubo un caso mejmo. Igualito. Aquí abajo te cobrará Dío. Ya veráj. Suspiró el infeliz.

III

Eugenio Vargas amaba a su padre. Había sido «cuestión de copas». Lo veneraba. Sentía por él ese profundo respeto del hijo campesino; respeto fortalecido por la conciencia de la superioridad física del padre baqueano, experto en todo, conocedor de todo.

Desde aquel día—y hacían ya dos lustros,—no había vuelto a verlo, ni había sabido nada de él. El viejo era implacable, y lo echó de la casa después del incidente.

—¡Lárgate, hijo mardecido!

Eugenio Vargas contaba entonces veinte años, y sabía la vida amable en torno suyo.

Bueno, pues.

Rodó mucho. Se embarcó como marinero en las chatas de cabotaje. Fué hasta el Callao. En un viaje al norte, avanzó hasta Buenaventura. Al regreso se quedó en Esmeraldas y se enroló en las filas de los revolucionarios conchistas.

Ahí conoció a Nuncio Parrales. Se hicieron camaradas inseparables. Cuando, después de la acción de «La Propicia», confirieron a Parrales el grado de teniente por su conducta aguerrida, el negro obtuvo de su jefe la gracia de el ascenso a sargento para Vargas.

Iban unidos constantemente. Por ello, cierta ocasión estuvieron a pique de caer prisioneros los dos en Camarones. Vargas recibió una herida leve en la espalda. Se internaron por la selva, y Parrales no se despegó de su lado. Lo atendía como si fuera su ordenanza. Entre mates de chinga y frotaciones con una tierra vegetal en la parte inflamada, lo sanó en breves días.

Y ahora, con lo que le había referido, Eugenio Vargas advertía que su amigo le retiraba su adhesión. Andaba con los otros braceros. Hacía como si no lo viera. Parecía que, en el fondo, lo temía.

—Es que debo traer la mala—pensó Eugenio Vargas.

Meditó sobre ello.

—Le iré a pedir perdón al viejo—resolvió.

Sin avisar a nadie, sin enterar siquiera a Nuncio Parrales, emprendió el camino a la casa de su padre.

IV

Llegó al cuarto día.

Vió a la distancia la covacha natal, reflejándose, entre una sombrada de naranjos frutecidos, en las aguas del Daule.

—¿Qué' stara haciendo el viejo?—se preguntó.

Imaginóselo en aquella hora de la siesta perezosa, recogido bajo el frescor del techado de bijao, desnudo de pie y busto, retemplado en la hamaca de yute.

—Toda la mañana habrá trabajado el pobre...

En el corral, de madrugada . . . Después, limpiando las frutaledas . . . Más luego, rajando leña en la cocina para la comida . . . Subiendo agua del río en los tarros gasolineros . . .

—Tará cansao, ahorita.

Se acercó a la puerta. Un perro le ladró. Perro nuevo. Cachorro de los otros, sería; de los que él criara. No lo conocía. Hasta quiso morderlo.

Asomó la madre. Más flaca. Más acabada.

No vaciló el hombre. Se arrojó a los brazos dispuestos.

—¡Mama!

—¡Ugenio!

La anciana lo besaba, sollozando.

—Dentra, Ugenito . . . Dentra . . .

—¿Y el viejo?

La mujer lo miró, entristecida.

—En el pueblo—respondió.

—¿Y qu'está haciendo allá?

—Gusanera . . . ¿No sabías? . . . Murió hace tiempo, y lo enterraron en Daule . . .

—¡Ah! . . .

V

Se instaló con la viuda en la covacha, y se dedicó al cultivo de la pequeña finca.

Poco a poco, Eugenio Vargas ibase penetrando de una melancolía tenaz que no lo soltaba un momento.

—Es como un lazo'e beta que me aprietara el pescuezo, mama—decía.

Volvióse retraído y silencioso. No se comunicaba con nadie. No tenía amigos. Con los vecinos y con los parientes que habitaban en las cercanías apenas si cruzaba, de tarde en tarde, cuatro palabras de salutación.

La madre se encargaba de las menudas faenas domésticas y él trabajaba de sol a sol, inclinado sobre la tierra, en los sembríos. Los domingos vendía en Daule los productos recogidos. Las cosechas grandes las bajaba a Guayaquil y las realizaba en el mercado. Más adelante hizo un contrato con los chilenos de la Frutera y entregaba todas las naranjas de su huerta a bordo de la «Mapocho», canoa de montaña de la compañía. La embarcación atracaba a la balsa, frente a la covacha, para tomar la carga. Eugenio Vargas no tenía ya necesidad de salir de la finca, ni siquiera para cobrar el dinero; porque, a vuelta de viaje, el piloto de la «Mapocho» se lo traía en un sobre lacrado.

Entre madre e hijo no alcanzaban a gastar ese dinero. Casi el total lo escondían en el forro de los colchones de lana. Pensaban que cuando tuvieran bastante, cambiarían los billetes en monedas de plata, cavarían un hueco a la pata de cualquier árbol y lo meterían ahí.

Con la melancolía aquella, Eugenio Vargas perdió el gusto de las mujeres, a quienes antes fuera muy aficionado. Alguna vez, en Guayaquil o en Daule, visitó los prostíbulos, pero no hizo otra cosa que beber. Nada más.

—Me enfermarán, claro. ¡Pa qué! Me enfermarán. Antes no se había preocupado de esto.

—Quién sabe si deberías agarrar una compañera, Eugenio... —insinuaba la madre.

—¡Pa qué, mama! —protestaba en voz alta—. Estoy tranquilo así. ¡Pa qué buscar dolor de cabeza!

Y agregaba en voz baja:

—¿Pa qué? ¿Pa que me ofienda? No...

Se pasaba nerviosamente la mano por los ojos.

VI

Bebía. Esto sí.

Compraba damajuanas de aguardiente Roblecito, y en la noche, tras la tarea, bebía hasta dormirse. De otro modo, no lograba conciliar el sueño.

Y aun así, lo asaltaban pesadillas horripilantes. En ellas, veía a su padre emerger de la tumba y perseguirlo. El corría. Pero, el muerto lo cogía siempre. Se le montaba encima y le decía: «Yo murí sin perdonarte. Tienes que pagarla en ésta, y en la otra».

Eugenio Vargas se despertaba lanzando alaridos y con una opresión al corazón, que le duraba hasta el día siguiente.

VII

Lo que perdió fué su falta de experiencia. No conocía a las personas. Ignoraba el pasado y las condi-

ciones de todos. Su ausencia, primero, y después su retraimiento, lo convirtieron en un extraño en su mismo medio rural. Fué así que pudo llegar a intimar con Teodomiro García, a quien apodaban Marañón, aludiendo a un quiste enorme que tenía en la cabeza, lo cual recordaría a los montuvios, la pepa brotada de aquella fruta.

Marañón era un antiguo ladrón de ganados, jugador de pinta y lidiador de gallos. Machetero hábil, ahora se dedicaba a cuidar cercas nuevas. Profesión de riesgo. Se ponía al servicio de algún hacendado litigante, que hubiera «estirado» los linderos de su predio, «encogiendo» los del vecino, y, capitaneando a la peonada, que se envalentonaba con su prestigio de bravo, defendía la cerca reciente a machete despejado.

Marañón tenía con Eugenio Vargas, un vago parentesco. Prevalido de esto, aunque al principio lo recibían mal, se dejaba ver con frecuencia en la covacha. Se interesaba en la amistad de Eugenio Vargas, a quien sabía ahorrativo.

—Este, en cualquier momento me saca de un apuro —se decía.

Con maña fué ganándose su confianza. Terminó por estar casi siempre al lado de él, cuando no lo retenía en otra parte su oficio vigilante. Por las noches bebía, mano a mano, con Eugenio Vargas, el Roblecito aromado.

A la postre, Eugenio Vargas se rindió a esta nueva amistad.

Una ocasión, medio borracho, le confesó su secreto.
—Y tengo miedo, pues, Teodomiro... Tengo miedo...

VIII

—A vos lo que te farta es diveltirte—había respondido Marañón esa vez.

Lo invitó a la fiesta de los contornos:

—Onde los Sorianos hay er domingo matanza'e puerco. Vamo.

—No.

—Entonce, onde los Ruices. La otra semana es er santo de ño Aparicio. ¡Juma grandota! Vamo.

—No.

Comprendió, Marañón, que nada lograría así.

—Bueno; vamos lejo. Vámonos onde los Moncayo del río de las Avispas, ¿quieres? Trago, baile y... cuatro mujeres de asunto, fuera de la mama que todavía es yegua'e silla.

—¡Ah!...

IX

Fué así como, cierto sábado, Eugenio Vargas y Teodomiro García hacían locuras en la alegre casa de las Moncayo, a la orilla del río de las Avispas.

A medianoche, las mujeres y ellos mismos, estaban borrachos. Bailaban al son de la guitarra que glosaba,

acompañándose con canto, la madre de las Moncayo. Todos se sentían felices.

—Mañana sacrificaremos un chivo, ¿quieren? Pa un seco.

—Ahá.

Hacían proyecios para continuar la jarana.

—¡Caray, que bueno esto!—decía Eugenio Vargas.

Se acordaba de su época de soldado, cuando farrea-
ba con las negras grajientas, hediondas a sexo, en los
bohíos de las montañas de Atacames, o con las mesti-
zas de indio, limpias y frescas, en los poblados del río
de los Cayapas. De su temido destino no se acordaba.

En lo mejor del jolgorio; cuando Eugenio Vargas
había casi convencido a la más guapetona de las Mon-
cayo—Balbina—«pa que le diera un ladito en la talan-
quera esa noche», se oyó el tableteo de los cascos de
un caballo en el portal.

—¿Quién?

Una voz contestó desde abajo:

—El diablo...

Eugenio Vargas se estremeció. Sería una broma,
claro. Lo entendía. Pero, no fué dueño de su susto.
Reaccionó en seguida. Anduvo tambaleante por la sa-
la, y luego desnudó el machete. Vociferó insolencias...
El se hacía del cuerpo en el diablo y en la mama del
del diablo, si a mano venía... El era macho... Ha-
bía estado en la guerra... Y, por último, no aguanta-
ba bromas de nadie...

Se detuvo. Un hombre alto, fuerte, sereno, vestido en traje de campo, estaba frente a él.

—¿Qué te pasa, desgraciao?—dijo, sin alterarse.— Viene uno a las buenas, y vos, salamanquesa, en lugar de meterte debajo de una mesa, o de una bacinilla, más mejor, sales a rebuznar...

El hombre era un antiguo amante de la vieja Moncayo; y pasando, ocasionalmente, al percibir el ruido de la fiesta, había subido, embromón.

Eugenio Vargas nada sabía y en nada podía reflexionar. Se fué sobre él con el machete listo, rascando el suelo con la punta aguda. Pero, el otro también iba armado, y se defendió. Le paró bajo el golpe, giró un revés violento de zurda y le sacudió un planazo en el temporal derecho.

Eugenio Vargas cayó al suelo, sin sentido.

Ocurrió en segundos... Gritaron las mujeres. Mañón, que había estado contemplando la pelea, sin intervenir en ella, dió un salto hasta el intruso, y, antes de que éste pudiera plantar la guardia, le descargó un machetazo mortal, que le abrió el cráneo.

—¡Chupa, asquerosidá!

X

Acudieron los vecinos y el celador honorario del recinto. Encontraron al desconocido muerto, y a Eugenio Vargas, que empezaba a recobrar el sentido. Las Mon-

cayo lloraban. Cuanto a Marañón, había desaparecido.

—¿Quién jué el hechor?—inquirió el celador honorario.

Las Moncayo eran jugadas en cuestiones de la laya.

—Ni sabemos. Bían aquí como siete caballeros, porque teníamos una diversioncita. Es el santo de mamá, ¿sabe? Bueno, pues, y ni nos dimos cuenta que empezaron a peliar... Nosotros nos dentramos a la cuadra, porque no nos gusta ver esas cosas. Cuando salimos, bíanse ido los otros y estaban estos dos no más.

—Ahá.

Eugenio Vargas abrió los ojos. El celador honorario lo levantó. Le mostró el cadáver.

—¡Vos lo has matao!—acusó, tonante.

Eugenio Vargas no se acordaba de nada. Así, tembló al escuchársele responder, con voz vacilante:

—Sí, pues; así ha de ser.

Esa frase, pronunciada en presencia de testigos que, luego la repitieron en forma categórica, lo perdió.

XI

Ya en la cárcel, después de la audiencia, Eugenio Vargas preguntó al alcaide de turno:

—¿Me condenaron?

—Sí.

—¡Pero, si yo no he sido!

—Ahá... Vos confesaste primero, mismo... Te oyeron... Homicidio simple, no más... Doce años...

Eugenio Vargas se pasó la mano por los ojos, en su gesto habitual.

Seguía sin recordar bien...

—¿Sería yo?

Se quedó pensativo.

—Sí; yo he de haber sido...

La idea obsesionante le llegó de repente:

—Estoy pagando...